

# Aura

María Fernanda Arias<sup>1</sup>

La gélida tarde penetraba con lentitud por los poros de mi cuerpo acomodado en el banco de aquel viejo y oscuro café, cuando descubrí el dudoso anuncio en el periódico que me hablaba en voz baja, me susurraba el requerimiento de un joven historiador dispuesto a ganarse tres mil pesos, pensé entonces que de algún extraño modo se adecuaba perfectamente a lo que estaba buscando, pero, decidí abandonar el lugar y el anuncio inminentemente. Al día siguiente, las gotas empezaron a derrumbarse una tras otra sobre la ciudad y como si de un juego o artimaña macabra del universo se tratara, terminé, de nuevo, hundido en las sombras de aquel viejo café que bañaba cada rincón del lugar, a excepción del anuncio de periódico que había emprendido una batida en contra mía, y era el único objeto que sobresalía entre tanta lobreguez. Palpitante me llamaba, yo no podía resistirme a su murmullo incesable. Una vez más, el joven historiador era requerido, esta vez por mil pesos más.

En menos de nada, me encontraba en el lugar de donde provenía el aviso. Una enorme y estrambótica casa, la última de la calle, de la cual parecían nacer todas las demás. Entre más me aproximaba, más percibía su deterioro; los grisáceos ladrillos desgastados y cubiertos por el óxido y la humedad de los siglos, los trozos de tejas fragmentadas y esparcidas por todo el lugar, las blandas y rechinantes tablas del umbral que vociferaban sonidos agonizantes al paso de los cuervos orbitando celosamente la puntiaguda cubierta, el coral maullar de

---

<sup>1</sup> Graduada de la Licenciatura de Humanidades e Idiomas, Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Libre. Correo electrónico: mariaf.ariast@unilibrebog.edu.co

los tristes gatos y los secos árboles que exhalaban un humo estridente con olor a senilidad.

Al sobrepasar el sonoro umbral, la puerta entreabierta me invitó a adentrarme en el sombrío aposento, las telarañas se propagaban a mi paso y me sofocaban, se apoderaban de todo mi espacio y en mi desesperado intento por librarme de ellas, logré oír a lo lejos una voz que trascendía en el espacio. Imprudentemente subí los escalones valiéndome del tacto, sintiendo las repulsivas terminaciones mohosas de las paredes y el escalofriante devenir de mi próximo encuentro con la voz tiritante. -Por acá estoy-, contestó la sombra de la mujer recostada en la cama al sentir mi presencia, agitando su huesuda y larga mano repetidas veces. Mientras la anciana me explicaba que mi labor suponía redactar las memorias de su difunto esposo, sentí un cuerpo veloso rozar súbitamente mi pierna izquierda. -Es Saga, mi conejo- gruñó la vieja. Para llevar a cabo mi misión, debía residir en aquella casa, requería la viuda. No puedo negar que la idea engendró pánico en mí, pues el reescribir relatos sobre un fallecido era como revivirlo -escalofriante- pensé. De pronto, una figura delicada se aproximó a la habitación, pero todo lo que pude vislumbrar fueron sus enceguecedores y brillantes ojos verdes, hipnotizándome. Era la sobrina de la vieja, razón por la cual

terminé aceptando la condición sin saber la sucia trampa que me tendía el destino.

La mujer me condujo por entre las sombras hacia mi nueva habitación y todo lo que podía pensar era en su imagen perpetuada en mi cabeza, retumbando incansablemente. Una vez allí, me pude dar cuenta de que el lugar tenía más años que aquella vieja, sin embargo, entraban enceguecedores rayos de luz por entre las rendijas de la ventana, a diferencia del resto del lugar. Comencé mi labor de leer los manuscritos del difunto, me pesaban los ojos y finalmente caí en un sueño profundo. Pasadas las horas y entrada la mañana, escuché algo parecido a unos gemidos, maullidos desesperados y rápidamente seguí su eco que me llevó hasta un recóndito y escondido lugar de la casa. Eran miles de gatos negros, amontonados, incorporándose en su suplicio, corriendo exasperadamente de un lugar a otro, rastrillando sus patas contra las ásperas y ardientes tejas, emanando una enorme nube de humo con olor a incineración. Tal escenario perturbó mi mente de la manera más insólita y decidí no prestarle atención; pensar que estaba alucinando antes de creer que tal aberración pudiese ser real, que esa casa a punto de derrumbarse pudiera guardar algún horroroso misterio.

Oí en ese instante la campanilla resonar en mis oídos, bajé al comedor como de habitud, no obstante, esta ocasión, la vieja Consuelo estaba sentada en la cabecera y Aura, permanecía en un absoluto silencio y sumisión, petrificadas las dos, mientras el enfermizo silencio de todos los días seguía apoderándose de todo el recinto. El extraño encuentro con los felinos agónicos esa mañana había originado un ser extremadamente paranoico en mi interior y empecé a imaginarme posibles razones por las que la joven permanecía tal fiel a la decrepita vieja. ¿Acaso la tenía captiva? ¿Acaso le debía algún extraño favor? Lo más bizarro entre todo lo que venía sucediendo era la casualidad, la sospechosa sincronía entre las dos mujeres. ¿Estaban jugando conmigo?

¿Era todo producto de mi entorpecida imaginación y su impedimento por discernir entre lo real y lo absurdo? Todo lo que acontecía, desde mi llegada en este detestable lugar, terminaría por enloquecerme. Aunque había algo de lo que estaba seguro, debía liberar a la pobre Aura, esos ojos verdes serían solo míos.

Volví a mi habitación, y a pesar de que mi cabeza palpitaba intensamente, y mi cuerpo se desplomaba, retomé mi labor y agarré otro paquete de las desgastadas y amarillentas cartas y escritos del difunto. Había sido testigo del intenso amor entre él y su esposa y su obsesión por sus bellos ojos verdes. No aguanté más. Era demasiado. El aire me faltaba, todo me asfixiaba, la anciana, el lugar, las memorias, todo menos Aura. Bajé entonces a buscarla, ella estaba en la cocina propinando cuchillazos disparatados a un animalejo que expedía un hedor a podredumbre. Se me revolvieron las entrañas e instantáneamente volví a mi guarida, pero antes, logré ver la sombra de Consuelo que movía los brazos enloquecidamente en el aire, como acuchillando el aire a su alrededor, recuerdo haber presenciado ese instante. Aura... Aura...

Aura, recordé. La mujer me esperaba después de la cena precisamente en la habitación de la vieja. Entro en la recámara y la encuentro vestida de verde y rodeada de una luz ambarina. Empiezo a recorrer su cuerpo y su rostro y me sorprende la dureza de sus facciones. Nos besamos, y le juro amor eterno, ni la muerte se atrevería a separarnos. Amanece y como si fuera todo parte de un sueño, descubro a la vieja sentada en un sillón de la recámara y a mi amada sentada a sus pies. Las dos, como cómplices, se ríen transtornadamente, moviéndose de la misma manera. Creo, ahora, recordar que la vieja estuvo toda la noche presente en la habitación, en nuestro rito de amor. Las dos salen por la puerta que da a la recámara de la anciana y yo, permanezco allí, tendido en la cama de Aura.

Regreso a mi recámara, confundido por lo sucedido la noche anterior, divagando entre las imágenes que recorren mi mente y siento de pronto el filo de la navaja penetrar mi piel. Hilos de sangre recorren mi mejilla, mi cuello, y solo puedo pensar en Aura. En ese momento, escucho la campanilla. Me asomo a la puerta y retengo a Aura. Ella me implora que confíe en ella, me dice que su tía estará todo el día fuera y me cita en la recámara de la viuda. Una vez me aseguro que la anciana se ha marchado, entro a su recámara y extraigo del baúl un nuevo folio con fotografías. Leo en los folios sobre la imposibilidad del coronel de darle un hijo a Consuelo. El coronel narra cómo su esposa enloquece y sufre por el impedimento de ser madre y su obsesión por mantenerse joven. Miro las fotografías y encuentro a Aura, pero las fotos están fechadas en 1884. Aura estaba abrazada del coronel, Aura me abrazaba. Aturdido, abandono la recámara y bajo las escaleras, dando trastabillados. Entro en la lóbrega habitación de la viuda y escucho la débil voz de Aura que me pide que me recueste con ella. Entonces la despojo de sus ropas recorro su cálido cuerpo y mientras la beso, entra un halo de luz, descubro los cabellos blancos y la dentadura casi podrida de la anciana. Consuelo me abraza y me promete que en unos días, cuando recupere fuerzas, juntos traeremos a Aura de nuevo.